

Como tantos otros días, Antonio Ramírez se despertó a las seis de la mañana ajeno de que lo iban a mutilar. El técnico en control de plagas se preparó para otro día laboral, tedioso y cansado, en un horario asequible, aunque aburrido. Revisó el parte de trabajo. El primero a las ocho y media de la mañana en un barrio obrero y machacado por el tiempo, le esperaba en una vivienda particular.

Con desgana y aire distraído tocó el timbre del Bajo D. Nadie respondió ni abrió. Suspiró aliviado porque lo mismo no estaba la dueña de la vivienda en casa y podría dejarlo para más tarde u otro día, pero una ocurrencia de última hora lo llevó a empujar la puerta de entrada. Se abrió. Entró. Al final del vestíbulo del añejo edificio cuatro puertas asomaban. Dos a su derecha y dos a su izquierda; sin letras con las que identificar las viviendas.

Una puerta a su derecha se abrió. Primero a medias y en cuanto unos ojos perdidos lo vieron con la ropa de trabajo se abrió un poco más. Lo recibió un *buenos días* que en un aspecto desaliñado y ojos consumidos por algo poco natural. «Ojos de gato», pensó Antonio. La propietaria, una mujer joven y atractiva tiempo atrás, le explicó por donde veía las cucarachas que la atormentaban. «Las cucarachas son el menor de tus problemas», sentenció el profesional para sus adentros.

Dos perros y cuatro gatos. Animales convertidos en mascotas de alguien que a simple vista irradiaba soledad por los poros de su piel. Los canes descansaban en sus respectivas camas cojín con un cansancio fuera de lo normal para unos simples perros. En cambio, los gatos inspeccionaban la casa como si los verdaderos guardianes del lugar fueran ellos.

Antonio Ramírez hizo el trabajo con presteza acompañado de una conversación con la dueña sobre sus compañeros animales, sus hijas ausentes y una enfermedad mental de la que hablaba con ligereza y hasta con cariño. En este punto, el técnico supo que la mujer no estaba bien de la cabeza, y que se sobre medicaba por el aspecto que presentaba; arrastraba las palabras como un viejo cantante de rock and roll.

La despedida iba a ser como otra cualquiera de profesional a cliente, pero unas palabras de última hora lo sorprendieron.

—Ahora es cuando te saco los ojos con una cucharilla.

—¿Qué? —dijo Antonio incrédulo.

Acto seguido, como guiado por una fuerza interior para saber cuándo huir, se dio la vuelta para marcharse, pero un golpe seco y silencioso chocó con fuerza sobrehumana en la parte posterior del cráneo del hombre cayendo al suelo como un peso muerto. La oscuridad se cernió sobre él.

Con destreza y saber hacer, Mari Carmen, la dueña de la propiedad, lo tomó por los tobillos y como bien pudo lo llevó a un cuarto; una habitación en la que Antonio no había entrado para tratar contra la plaga de cucaracha alemana. Cruzó todo el salón, esquivando sillas de una mesa de varias modas atrás hasta una vieja habitación preparada para un trabajo muy especial. Encendió los tubos fluorescentes de luz fría. El ruido de la reactancia avisó a Mari Carmen de que podía empezar el trabajo. Cerró la puerta con llave por dentro. Cogió a Antonio

y lo subió en cuatro fases a la camilla. La luz artificial emanaba con fuerza y un espectador cualquiera habría visto lo aséptica y limpia que estaba aquella habitación diferenciándose claramente del resto de la vivienda.

Tomó una bandeja, en la que un escalpelo, gasas, esparadrapo, una jeringa, una dosis de anestesia y la famosa cucharilla de dentista sería el material a usar en la tarea que se avecinaba. Se lavó las manos concienzudamente, se puso unos guantes esterilizados, un gorro de cirujano y una mascarilla. Le tomó el pulso al «paciente». La inconsciencia le duraría unos minutos, aunque no los suficientes. Se dio la vuelta donde otro material sanitario estaba perfectamente colocado. Cogió una dosis de sedante intravenoso, lo pinchó con una jeringa y se dispuso a inyectarlo en la vena más prominente del brazo derecho de Antonio Ramírez. Al minuto, el pulso del secuestrado era lo suficientemente débil como para empezar la «operación». Mari Carmen conocía bien el protocolo a seguir; no era la primera vez, pero no quería dañar los ojos al sacarlos, como le había pasado en otras ocasiones. Debía cortar la piel circundante del ojo para tener más espacio para extraerlos. Y así lo hizo. Primero el derecho y luego el izquierdo. Los depositó en un tarro de cristal con formol. A su vez cogió dos ojos de cristal, que parecían canicas de cinco pesetas, desinfectados y preparados para rellenar las cuencas. Evitarían que el vacío los cerrase. Una gasa en cada ojo, esparadrapo y un metro de gasa alrededor de la cabeza para evitar posibles agentes infecciosos.

—Tú no te vas a morir como los otros. Tú no te vas a suicidar. Tú me vas a amar, como tu dueña y señora.

Mari Carmen se había creado otra mascota, un *frankenstein* moderno, ni Prometeo ni resucitado con una descarga eléctrica. Un pobre diablo, que se presentó en el lugar incorrecto y nefasto a la hora anunciada en un simple parte de trabajo.